



|EL POSO DE LOS DÍAS| JOSÉ MARÍA PÉREZ DE COSSÍO

Luis Felipe de Peñalosa

ESTOS DÍAS la casa del hidalgo, actual sede de la Fundación Roder Robles, ha acogido a quien fuera su promotor, que no fue otro que Luis Felipe de Peñalosa.

Siempre que visito este singular edificio, las hojas del calendario que en secreto se albergan en mis bolsillos, desperezan sus dobles para poder encontrar en ellas pinceladas de historia. Es un útero diseñado para que el tiempo, en el zaguán del mismo, se baraje, tal como los malabaristas hacen, con la inequívoca intención de que en el corte aparezca un pasado amable y respetuoso.

Y esto es lo que ha sucedido esta mañana, cuando me he visto envuelto por las fotografías, retratos y enseres con los que se ha querido presentar una semblanza de Luis Felipe de Peñalosa.

Desde la infancia Luis Felipe de Peñalosa quedó prendido en mi vida, como aquellos pañuelos que mi madre ideó para cosidos a una cinta, dejándose afianzar por un imperdible los sujetase al pantalón, evitando pérdidas preocupantes. Pérdidas que se producían cuando, atravesando la calle Marques del Arco, la más fría y con mayores ventoleras de Europa, asistíamos cada mañana al colegio Hispano Belga. Allí, doña Aurora y doña Luisa ayudadas, por unas infusiones de manzanilla que sorbían delante de un mapa de la España de antes, que era de hule y con colores pop art, se prestaban a inculcarnos una educación que, comenzando por rendirlas un saludo educado y

protocolario, continuaba con el tener que dibujar palotes en una pizarra. En ese colegio y en esas pizarras, se gestaron las amistades que se empeñaron en perdurar toda la vida. Amistades que como maquetas a escala reducida, eran las que mantenían nuestros padres. Los Vidaechea, los Giráldez, los Bezares los Ramiro, los Peñalosa y un manojo de niños que salíamos al recreo que nos proporcionaba la plaza de La Merced, cantando aquello de "Franco, Franco, que cara más simpática que tiene usted, parece un requeté" Los niños, como los pájaros cantan mientras las nubes se levantan, sin saber lo que es el arriba ni el estar debajo. Debería algún día escribir sobre aquellos años en los que el rescate consistía en abrazarse al abeto que aún perdura, sin necesidad de pensar en alemán, y las canicas buscaban el guá sin precisar el hacer agujeros en ninguna finca de la que se ha difuminado el texto acreditativo de a quien pertenece. Ni quien la ha pasado la garlopa para que las virtudes se las lleve el viento a los bolsillos de los que nuestros pantalones cortos carecían, recibiendo, los que han sido adiestrados en el silencio y la conformidad, solo el lique que en el juego de la dola se imponía, como premonición de lo que Tilos y Troyanos diseñarían.

La prosa se me ha puesto al bies sin pedirme permiso, y no estoy dispuesto a que estas líneas que desearía estuvieran cargadas de recuerdos íntimos y tiernos se vieran malogradas.

A donde yo quería ir a parar es al como mi visita a la exposición en la que Felipe Peñalosa es el protagonista, acelerase y removiese ese rincón que los flamencos llaman entrañas y los castellanos viejos las entretelas del chaleco, cuando el comienzo de la primavera estrena solaneras.

Describir un personaje como lo fuera Luis Felipe, no es fácil. Sus hechuras dibujaban a un tiempo el frente y el perfil. Únicamente un bigote preciso y calibrado, sin caer en excesos, servía de referencia para no equivocarse. Como no podía uno equivocarse ante una personalidad cuidada y culta. Su sentido del humor y el ingente volumen de sus conocimientos le convertían en una de esas piezas que toda ciudad necesita para demostrar que su armazón ha sido comprendido y amado. Quizás no tan amado por los que confundiendo el enamoramiento con retoques a la arquitectura y deseando magrear el legado que nuestros antepasados construyeron, tropezaban con el argumento que su esqueleto estético manifestaba y defendía. Este no era otro que el convencimiento de que el progreso es perfeccionamiento del pasado; restauración de todo cuanto el tiempo ha venido deteriorando manteniendo las geometrías que una ciudad como Segovia no debería nunca profanar.

La prosa, concedora de cuanto ella desea conozcamos de la vida y de la muerte, se me hace en este instante silencio respetuoso.